el mismo sendero y afirma que: «no se puede probar que haya acaecido un solo hecho sobrenatural, un milagro». Increíble parece, pero verdad es que tanto se han repetido y multiplicado estas falsedades que han, como piedras lanzadas por arietes, herido á muchos, pero sin abrir brecha. Las negaciones sin prueba ni aun humo son, y las afirmaciones sin apoyo, caen tropezando en su propia temeridad.

No será un católico quien descargue el golpe de la maza tucapeliana sobre estos audaces combatientes; un protestante de autoridad universal les dirá: (*Meditaciones*, Serie 1.)—"Salgamos de las crisis enfermizas de la humanidad, para penetrar en la historia formal y permanente. La creencia en lo sobrenatural es un hecho natural, primitivo, universal, en la vida del linaje humano. En todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los grados de la civilización, encuéntrase al género humano creyendo espontáneamente en los hechos, en las causas exteriores de este mecanismo viviente llamado naturaleza. Por más que se ha hecho para comprender, explicar y magnificar la naturaleza, el instinto de las masas humanas jamás se ha satisfecho y siempre ha trabajado por ver algo superior».

«Y esta creencia instintiva y hasta ahora indestructible, este hecho general y constante en la historia humana

---

otros un hombre de grandes virtudes llamado "Jesucristo", Los gentiles lo han recibido como un verdadero profeta, pero sus discípulos dicen que es hijo de Dios. Resucita á los muertos y cura todo género de enfermedades. Su estatura es más que mediana; sus maneras circunspectas y su presencia venerable, de modo que cuantos lo ven lo estiman y lo temen. Su cabello es castaño, espeso y liso hasta las orejas. De ahí para abajo es amarillento y le cae en forma de ondas sobre los hombros, partido en el medio de la cabeza, como lo llevan los nazarenos. Su rostro no tiene manchas ni arrugas, y es de un bello color rosado: su nariz y su boca son perfectas. La barba es un poco espesa y del mismo color del cabello, pero no es larga ni partida. Su fisonomía respira inocencia y cuando reprende ó aconseja es cortés y moderado. Su conversación es agradable y llena de gravedad. Nadie lo ha visto jamás reír, pero muchos lo han visto llorar: las proporciones de su cuerpo son perfectas. Las manos y los brazos son los más bellos que se pueden ver. Su palabra es modesta y sensata, y su belleza es tan singular, que excede á la de todos los hijos de los hombres.

se pretende destruir. ¡Vana quimera! ¡Increíble fatuidad humana! Porque en un rincón del mundo, en un día de los siglos, se ha combatido lo sobrenatural, se le proclama vencido! De manera que habéis olvidado completamente la humanidad y su historia». [Guissot].

En otro lugar de las mismas Meditaciones dice: «El alma aspira á algo sobre humano, no antihumano, y ese algo lo espera de lo sobrenatural. El mundo finito entero, con todos sus hechos y todas sus leyes, el hombre incluso, no basta al alma del hombre: quiere tener algo más grande qué contemplar y amar. De esta ambición sublime y suprema nace y se nutre la religión».

«Sea, pues, lo que se quiera la corriente de los tiempos modernos, la abolición de lo sobrenatural es una empresa dificilísima, por no decir que imposible. La creencia en lo sobrenatural ha sido el manantial y continúa siendo el fondo de todas las religiones».

De su parte Rouseau no es menos explícito:—«La cuestión, dice, de saber si Dios puede derogar las leyes por él mismo establecidas, sería impía, si no fuera absurda. Al que la resolviera negativamente, se le haría demasiado honor castigándolo, debería encarcelársele.»

Admitido lo sobrenatural y el milagro, no bastan, sin embargo, á demostrar la divinidad de Jesucristo; y por eso los judíos que fueron testigos de la multiplicación de los panes, al ser reprendidos de incredulidad por Jesucristo le decían: ¿Qué haces tú para que creamos en tí? Por cuarenta años Moisés alimentó á nuestros padres con pan que caía del cielo.—Como si dijeran: mayor milagro fué el mosaico que el tuyo: tú has alimentado á cinco mil personas, Moisés á todo Israel: tú lo has hecho un solo día, Moisés cuarenta años; y á pesar de ello Moisés no era Dios.—No advertían los judíos que Jesucristo obraba sus milagros precisamente para probar que El era el Hijo de Dios, ni entendieron que el milagro es el sello divino de la verdad y que jamás lo hará Dios para sostener una impostura.

¿Por qué, pues, los críticos enemigos de la divinidad de Jesucristo asientan, *a priori*, en tesis general, que lo sobrenatural no existe y que el milagro es imposible? Es que gustan más de las negaciones radicales, porque son

quisieron: ellos le quitaron la vida; ya que esos modos de muerte consigo traen la exigencia de un instante preciso, y bien determinado. No así la muerte de cruz, suplicio no tan infame acaso, como prolongado y cruel. Crucificados hubo que permameciesen hasta *siete* días en el patíbulo y de San Andrés sabemos que duró vivo dos días en su cruz: *biduum vivens*, dice el Breviario Romano. Se engañan los que juzgan que el crucificado moría pronto, ya por sus horribles tormentos, ya por la pérdida de sangre, que relativamente era poca: la muerte era ocasionada por el hambre ó por la congestión, pero siempre con dolorosa lentitud.

Renán nos ha dicho: «Los crucificados de complexión fuerte no morían sino de hambre», y describiendo el modo de morir en la cruz, Stapfer (La Palestina, pag. 115) dice: «Allí estaba el miserable lanzando enmedio de la turba los alaridos que le arrancaba el dolor. Algunos de los espectadores eran indiferentes, como que ya habían visto cien veces malhechores en la cruz; otros eran hostiles; los que pasaban de largo le prodigaban insultos; los muchachos le tiraban piedras, y así se pasaban horas tras horas, venía la noche, y entonces el crucificado se quedaba solo con sus espantosos sufrimientos físicos, aturdido por la *posca* [1] y más por la congestión creciente del cerebro, sintiendo venir la muerte, paso á paso, lamentando que no viniese tan pronto como él quisiera; y muchas veces, cuando el sol del siguiente día se asomaba por el horizonte y renacía el movimiento á las entradas de la ciudad y alrededor suyo, él estaba aún vivo sufriendo cada vez más y suplicando á cualquiera que se acercaba que acabara cuanto antes con su vida. Pero nadie le respondía siquiera. Tal era este suplicio, al cual en los horribles anales de la crueldad humana no ha habido nada que se le aproxime. La historia no conoce otro más atroz. La bestia humana no podía imaginarlo peor».

---

[1] Bebida aromática que los romanos daban á los crucificados, para adormecerlos.

Advertiréis desde luego que el crucificado, próximo á la muerte, perdía necesariamente el uso de la palabra, impidiéndoselo tanto la postración extrema ocasionada por la inanición—en unos casos—como la congestión, en otros. Jesucristo no acepta para sí esta condición de la debilidad humana. Es elevado en la cruz, después de haber perdido raudales de sangre y sin haber tomado una gota siquiera de agua desde la última noche; despuée de que agobiado de tormentos cae tres veces en la vía dolorosa, tan desfallecido y físicamente agotado que sus verdugos temían que espirará sin llegar al Calvario; pero en la Cruz se muestra lleno de fortaleza y ni cesa de orar ni deja de levantar la voz, en tal manera, que el Evangelista que lo oía, la llama grito y grande voz. Hé ahí á un ajusticiado que es *hombre*, porque sufre en carne mortal y porque muere; pero que sostiene, aun en el horrible tormento, que es el Hijo de Dios y que cumple, á despecho de sus enemigos, lo que había dicho: Nadie me quita á mí la vida, yo la doy libremente: nadie me arranca el alma, yo la entrego para volverla á tomar cuando quiera.

En verdad, Jesucrists no muere cuando los judíos lo esperaban, sino cuando El mismo quiere: Con grande voz habla á su Padre, entregando su espíritu, pero antes de entregarlo inclina la cabeza, para mostrar así que si moría como hombre, no moría como todos mueren, sino espontáneamente y en el instante elegido por El, señor de la vida y de la muerte.

Sirva esto para explicar el por qué Pilato, aunque ya tarde se le pidió el cuerpo exánime de Jesucristo, *se admiró* de que ya hubiese muerto; pues no era natural que muriese tan presto quien así en la cruz hablaba, circunstancias que Pilato, sin duda, sabía, porque sería mucho suponer que no se interesara vivamente en ello, dado el modo de la sentencia, la santidad del reo, las tinieblas que pesaban sobre la ciudad y el extraño eclipse que las producía.

Esa libertad con que Jesucristo muere llenaba de admiración á S. Agustín, que pregunta: ¿Quién se tiende en su lecho y se duerme en el instante mismo que desea la propia voluntad? y ¿quién tendido en el lecho de la cruz murió cuando lo quiso él mismo, como lo hace Jesucristo?

—Concluyamos con las palabras de un impío, de Rouseau: "La muerte de Jesucristo es la muerte de un Dios".

***

He terminado, señores, y eso á mi pesar, para no abusar tanto de vuestra atención.

¡Gloria, honor y alabanza y adoración á Jesucristo en los siglos de los siglos!

CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSÉ SALOME GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONLA".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1908.

más seguras y excluyen peligros en la discución. Pero ellos sí han advertido que el milagro evangélico, dadas las palabras de Jesucristo, prueba evidentemente la divinidad, oculta en la santa humanidad.

Esto explica por qué, desde Juliano el Apóstata hasta hoy, les sea tan odioso el Evangelio de S. Juan, escrito expresamente para probar que Jesucristo es Dios, y por qué lo más odiado en ese Evangelio son *las palabras* que el evangelista pone en boca de Jesús: se escandalizan de que hable de sí como no lo haría ningún hombre y, según la expresión de Renán, se llenan de vacilaciones y se ponen en guardia contra la buena fé del autor. De aquí resulta la teoría de los mitos, representada por Strauss.—Acéptase como histórico únicamente aquello que sea natural y humano; que Jesucristo andaba, comía, dormía, etc.; pero es fabuloso, es mítico todo lo que salga de lo humano y natural: así cada milagro de Jesucristo es mito y el relato evangélico está desprovisto de todo valor histórico. Casos hay en que la narración se refiere toda á un milagro, como la Resurrección: es un *mito puro*; otros, como en la resurrección de Lázaro, en que aparecen juntamente lo natural y lo sobrenatural: es un *mito mixto*. ¿Vais entendiendo los delirios de estos críticos infatuados de ser tan profundos y sagaces?—Llegados á tales conclusiones, sin allegar prueba alguna, y no pudiendo borrar del Evangelio el número, fatal para ellos, de tantos milagros, toman el hecho como histórico, lo despojan de sus caracteres y circunstancias sobrenaturales y quieren, á costa de inmensos esfuerzos, explicar todo, sin otros elementos que lo puramente natural, aunque sea extraordinario, increíble, con tal de que no sea de orden superior á lo humano. Las curaciones, aun de los leprosos y paralíticos, son admirables golpes de vista médica, ó efecto asombroso de una sugestión incontrastable; acógense al magnetismo, al espiritismo, á la magia, á conocimientos especiales; todo lo cual es ciertamente maravilloso, pero no llega á milagro.

¡Lástima de tantos afanes! Lástima de tantas inteligencias que serían gloria de la humanidad, y que sólo alcanzaron el signo de su reprobación!—*Frustra conturbatur homo*, dice el Espíritu Santo, y en estos sabios lo vemos

cumplirse: en vano se conturban: se levantan en vano contra Dios y contra su Cristo—Hombre y Dios al mismo tiempo. Logran arrebatarle algunos adoradores, pero ¿cómo quitarle su divinidad?

En la imposibilidad de presentar dentro de un solo cuadro todas las pruebas de que Jesucristo es Dios y Hombre, voy á considerar rápidamente una, decisiva y terminante, que da la consecuencia en forma, ó sea, que de ella se deduce á la vez que Jesucristo es Dios y que es hombre. Hablo de la muerte de Jesús.

Cuando, ya resucitado, se apareció, en el camino de Emaus, á dos discípulos que no creían, por el escándalo de la cruz, Jesucristo, explicándoles las Escrituras y abriéndoles el entendimiento para que alcanzaran su sentido, les preguntaba: *¿Nonne* SIC *opportuit Christum pati?*—¿Acaso no convenía que *así* padeciera el Cristo?

El *sic* latino y el *así* español significan el modo en que algo se ejecuta ó se sufre, y en el caso particular de los tormentos de Jesucristo, abarcan todas las circunstancias de la pasión, minuciosamente profetizadas; pero, sin duda, en especial y pincipalmente, por ser principalísima, la muerte de cruz. La exigían las profecías y los símbolos y la palabra misma de Jesucristo, que aseguraba ejercer una atracción irresistible sobre la humanidad, cuando fuese elevado en el madero. Jesucristo debía morir así, para que fuese evidente que nadie le quitaba la vida, sino que El la daba con plena libertad, que nadie le quitaba el alma, sino que El mismo la entregaba, para tomarla otra vez.

En efecto, han notado muchos comentadores del Evangelio que el género de muerte sufrido por Jesucristo fué, como divinamente decretado, el más apropiado á mostrar esa libertad con que hizo el holocausto de su preciosa vida. ¿Por qué? Porque la muerte en la cruz tiene particularidades que no se hallan en otros modos de morir.

Suponed que Jesucristo hubiera sufrido otro género de suplicio: la degollación, como el Bautista; el ser lanzado desde una altura, como Santiago el Mayor; apedreado como S. Esteban ó degollado, como S. Pablo: en cualquiera forma se podía decir: murió cuando sus enemigos lo